

por manera que á un tiempo mismo recompensaba al jefe del bando de York con el poder supremo, y declaraba culpables, en el mero hecho de perdonarlos, á sus secuaces y defensores.

Acordóse por las Cámaras que el Protectorado se prolongase hasta la mayor edad del Príncipe de Gales; pero Margarita, cuyo mas formidable enemigo no fué nunca York ciertamente, sino la Fortuna, Margarita aprovechándose hábil cuanto resuelta de una fortuita ausencia del Regente, condujo á su marido á la Alta Cámara, é hizo ante ella declarar *que ya no necesitaba de tutela alguna*. Por el momento, tan audaz golpe de mano fué por el éxito mas completo coronado, decretándose en el acto la abolicion de la Regencia; y lo que es casi increíble, prestando el mismo Duque de York su asentimiento al decreto que de toda su autoridad le despojaba. Pronto, sin embargo, una conjuración, cierta ó falsa, contra su vida resucitando los al parecer amortiguados rencores, produjera un nuevo y terrible rompimiento, si el Arzobispo de Cantorbery, interponiendo su santo apostólico ministerio, no procurase y obtuviera una aparente reconciliacion entre los dos partidos. De acampados que estaban ambos en Londres mismo, uno frente á otro, y á punto de venir á las manos, súbito juntáronse en uno y celebraron la paz con una gran procesion, presidida por la Reina Margarita y el Duque de York, fraternalmente de las manos asidos. El lector que observe con alguna atencion los acontecimientos contemporáneos, echará de ver que para eludir á los pueblos no hay necesidad de inventar cosa alguna; la historia nos ofrece un copioso repertorio de comedias políticas fáciles de arreglar á nuestras costumbres, y de efecto seguro en la escena.

Mas tales demostraciones de reciproca mentida amistad, buenas siempre para deleitar á las almas cándidas, ni entonces calmaron, ni calman nunca los odios de partido: antes por el contrario, los envenenan. Duelos y riñas particulares primero, escaramuzas entre partidas sueltas luego, sorpresas y represalias mas tarde, volvieron presto á renovar la civil contienda, provocando, en fin, la intervencion de un personage que ya hemos anunciado, mas no todavía tenido ocasion de poner en relieve hasta ahora.

York estaba, segun lo tenia de costumbre, después de todos sus mas que merecidos reveses, retirado en Irlanda: mas en cambio sus partida-

rios siempre en accion, y su hijo el Conde de la Marca, era ido en busca del célebre Conde de Warwick, entonces gobernador de Calais, y en sus ratos perdidos pirata de aquellas aguas. Sin perder el tiempo en sutilezas ni imaginaciones el intrépido guerrero, á quien no sin razon ha llamado un distinguido escritor inglés (Bulwer) el *último de los Barones*; desertando su gobierno, desembarcó con algunos de sus terribles soldados y el Conde de la Marca en las costas del Condado de Kent, y á marchas forzadas cayó en seguida sobre Londres, que entre sorprendida y no muy realista, abrió sus puertas y recibió con gozosas aclamaciones de triunfo. Por segunda vez cautivo, fué Enrique VI aun aquella vez tratado con miramiento.

En cuanto al Duque, apresuróse á reunirse en la capital del reino con sus parciales vencedores; y tambien á convocar el Parlamento, ante el cual, por vez primera, proclamó en fin sus derechos á la corona; pero hizolo con tal desmayo, con formas de leguleyo tan impropias en sus labios, que hasta en sus mas ardientes partidarios paralizó el celo, oyéndole el resto de la asamblea en sepulcral silencio. El resultado fué el que debia esperarse: un término medio de los que á todos ofenden y á nadie contentan. Por un resto de consideracion, por lástima, ó por desprecio acaso, conservósele á Enrique su título nominal de Rey; mas diósele por forzoso heredero al *Protector*, hiriendo así en el corazon á Margarita, cuyo hijo quedaba en consecuencia desheredado.

Estremecióse indignada la Reina al saber tal resolucion, y desde aquel momento, preparándose resuelta al combate, mostró siempre un carácter verdaderamente heróico. Intimáronle los de York que regresará al lado del Rey: — « Iré, los contestó, pero será al frente de un ejército » — Y en efecto, desplegando la actividad, el valor, la resolucion, el genio, cuantas dotes, en fin, constituyen á los grandes hombres, recorrió Margarita todas las provincias septentrionales de Inglaterra, sirviéndose como de bandera de recluta, cual lo hizo mas tarde á su egemplo María Teresa, de su propio hijo, niño entonces de seis años, que en sus brazos levantaba apellidando á las armas á los fieles realistas. Notoria y célebre es la conducta de María Teresa mientras que casi ignorada la de Margarita, mas no por culpa de esta, sino



por la de los Barones ingleses, que, menos elocuentes y apasionados que los Húngaros, no supieron como estos contestar á su Reina con un grito de generoso entusiasmo, que la historia ha consignado en sus páginas. Hase dicho que las palabras gobiernan el mundo; la verdad es que solo con palabras puede eternizarse la memoria de los hechos heróicos; y que rara vez la expresion elocuente de un sentimiento sincero deja de enternecer á los hombres. Como quiera que sea, la belleza de la Reina, sus desgracias y denuedo, y tambien la constante aunque secreta rivalidad existente entre las provincias del Norte y las del Mediodía de Inglaterra, produjéronle á Margarita sin tardar mucho un ejército de veinte mil hombres, á cuyo encuentro salió York, mas con excasas fuerzas en la equivocada inteligencia de que solo se oponian algunos paisanos rebeldes. Desengañado por sus ojos mismos, acogióse el Protector prudentemente con sus tropas á una plaza fuerte; mas asedióle en ella Margarita, y poniendo en juego toda la provocativa astucia de las artes femeninas, tantos fueron los amargos sarcasmos que supo prodigarle, tanta la hiel con que de villana cobardía le acusó de acogerse al amparo de muros y torreones para huir de una Muger, que al cabo el Duque, tan irresoluto de ánimo, como sanguíneamente valeroso, aceptó el combate en los campos de Wakefield. Allí fué derrotado y muerto Ricardo 1º Duque de York, ambicioso hipócrita, que es el peor género de ambicion posible. — Su hijo y heredero Eduardo, Conde de la Marca, era entonces un galan de seductora presencia, por extremo amante del bello sexo, tan valiente y activo como el autor de sus dias, y ageno á la irresolucion de aquel completamente: mas la dureza de su corazon y la inflexibilidad de su espíritu hacian de él un hombre sin entrañas ni misericordia para las desdichas de sus semejantes. — « La naturaleza, dice Voltaire hablando de Eduardo, le habia hecho el mas enamorado de los hombres, y con caprichosa contradiccion, sin embargo, dotado un corazon tan sensible de tal barbarie que horroriza, » — Voltaire confunde la sensualidad con el amor, y solo así pudo olvidarse de cuán frecuentes egemplos no suministra la historia de la mas que natural alianza entre la crueldad y el libertinage.

Tal como lo hemos descrito era el nuevo enemigo de Margarita; quien dividiendo inmediatamente después de la batalla de Wachefield sus tropas en dos cuerpos, de los cuales fué pronto el uno batido por Eduardo; marchó al frente del otro la via de Londres, de donde le salió de Conde de Warwick al encuentro hasta los campos mismos de San Albano, teatro de la derrota de los realistas al comenzarse la guerra. La suerte, en el segundo encuentro, trocando sus decretos dió á la Reina la victoria, en consecuencia de la cual recobró el Rey su libertad, ó pasó de manos de los de York á las de su muger, que es lo cierto.

Aquí la imparcialidad histórica nos obliga á mencionar un hecho que quisiéramos, pero no podemos omitir, por mas que redunde en mengua del buen nombre de nuestra heroína. Lord Bonville, encargado por los parciales de la Rosa blanca de la guarda de la persona del Rey, permaneció á su lado después del triunfo de la Reina en San Albano, fiando en la palabra que le empeñó el Monarca de respetar su vida; pero Margarita, hollando la fe jurada, hizole cortar la cabeza por mano del verdugo. Verdad es que entrambos partidos se entregaban sin escrupulo á la práctica de tales atrocidades, decorándolas con el especioso nombre de *Represalias*; verdad tambien que Eduardo fué quien dió en aquella guerra el primer egemplo de esos asesinatos jurídicos á sangre fria: pero si esas consideraciones atenúan acaso la culpa, no borran ni mucho menos la falta de fe y la dureza en aquella ocasion de Margarita.

Su triunfo no fué de larga duracion en todo caso. Eduardo incorporando á sus tropas las dispersos restos de las de Warwick, marchó sobre Londres que la Reina ocupaba á consecuencia de su victoria de San Albano; y Margarita, desconfiando no sin causa del afecto de los moradores de aquella ciudad, abandonóla retirándose á sus fieles provincias del Norte. Sin tirar, pues, la espada entró Eduardo en la capital del reino; y una vez en ella sin andarse en tergiversaciones como su padre, sin perder el tiempo siquiera en convocar un Parlamento, y dando él mismo por buenos y valederos sus derechos, reunió en pública asamblea á los ciudadanos de Londres con sus propios soldados, é hizo que Warwick les interpelara á todos en alta voz de este modo:

— ¿A quién quereis por Rey: á Enrique de Lancáster?



— No; respondió el concurso.

— ¿A Eduardo de York?

— Sí, sí; dijeron á una los circunstantes.

Con cuya sumaria fórmula quedó instalada en el trono de Inglaterra la dinastía de York, en la persona del nuevo Rey Eduardo IV, cuya cruel violencia de carácter no tardó en manifestarse, prodigando los cadalsos y en ellos la sangre de sus adversarios.

En tanto Margarita procedía en el Norte con actividad tan sorprendente que en pocos días reunió un ejército de sesenta mil hombres, contra el cual Eduardo y Warwick se pusieron inmediatamente en campaña al frente de cuarenta mil combatientes. Las huestes enemigas se hallaron en presencia una de otra en Tawton; mas numerosa, como sabemos la de la Reina; animada por el nuevo Rey la otra, de toda su tremenda energía. Sin embargo la batalla comenzó bajo malos auspicios para los de York, uno de cuyos destacamentos enviado á ocupar cierta posición fué por el enemigo puesto en fuga: mas Warwick entonces dando públicamente muerte á su caballo, en señal de su resolución de vencer ó morir, juró además sobre la cruz de su espada que su suerte no sería otra que la que á sus soldados cupiese, devolviendo así á las tropas la confianza en la suerte y en sus jefes. Dícese que en gran parte debieron aquel día los de York la victoria á una estratagemá del Conde, que se comprende produjera su efecto en aquellos tiempos en que se peleaba cuerpo á cuerpo. Dirémosla, valga por lo que valiere su eficacia, pero antes conviene advertir que los arqueros constituían en los ejércitos ingleses de aquella época, un arma importante y las mas veces decisiva por sus montíferos efectos. Sucedió pues, que en el momento de trabarse la pelea descargara el cielo sobre el campo de batalla una espesa nevada, que por un recio viento de frente á los realistas impelida, azotábales el rostro y la vista naturalmente les impedía. Dió Warwick por medio de los clarines la señal de ataque; mas conteniendo sus escuadrones, destacó solo algunos arqueros sueltos contra el enemigo, que al recibir sus tiros, y no viendo lo que pasaba, apresuróse á contestarlos descarga sobre descarga, hasta apurar en vano sus propias flechas. Una vez los realistas así privados de su principal defensa, cargaron los de York

espada en mano sobre ellos derrotándolos fácilmente á pesar de la desigualdad del número, y haciendo en sus filas tan espantosa carnicería que segun algunos autores no fueron menos de treinta y seis mil hombres los que del Ejército Real perecieron en la jornada ó en el alcance. Si Enrique VI no cayó aquella vez tambien en poder de sus enemigos debiósele á no hallarse en el campo, pues se habia quedado con su esposa en la ciudad de York. De regreso á Londres ocupóse Eduardo en ordenar su gobierno, pero mas aun en satisfacer sus rencores y saciar sus venganzas, haciendo rodar en los cadalsos las mas ilustres cabezas del reino. Dijérase que cada partido habia jurado el exterminio del contrario.

Por lo que á Margarita respecta, vencida sí pero no desalentada, nunca desplegó mas infatigable actividad que entonces. Puestos en seguro su marido y su hijo en la corte de Escocia, cuyo Rey *Jacobo* rehusó sin embargo prudentemente dar los socorros positivos que de él solicitaba la Reina, pasó esta á Francia á probar fortuna, tratando de interesar en favor suyo al político Luis el oncenno. A fuerza de perseverancia y de habilidad obtuvo al cabo un ejército de veinte mil hombres mandado por el Senescal de Normandía, á cuyas fuerzas se agregaron algunos voluntarios escoceses, y no pocos parciales ingleses de la *Rosa encarnada*; habilitando así á la heroica Margarita para probar de nuevo la suerte de las armas en los campos de Hexham.

Derrotóla, empero, y dispersó sus huestes Lord Montague, hermano de Warwick: el Duque de Sommerset, hijo del aquel ministro del mismo nombre que pereció en la primer batalla de San Albano, cayó en poder del enemigo y perdió la cabeza en el cadalso; y Margarita misma, tan completa fué la dispersion y tan profundo el pánico, separada de su marido, y apenas escoltada por algunos fieles partidarios, perdióse con su hijo en la espesura de una inmediata selva. Buscando en vano la salida de aquel natural laberinto, cayeron los fugitivos en manos de una banda de foragidos de los que, merced á la turbulencia y desórden de los tiempos, vivían á expensas de todos los partidos, sin respetar ni servir á ninguno. Las consecuencias de tan mal encuentro fueron las que debían ser: la escolta de la Reina fué violentamente dispersada, su tesoro saqueado, su propia persona insultada, y muerto La Varenne, el comandante de las



tropas francesas, por obstinarse en defenderla á toda trance. Por dicha, deslumbrados por la vista del oro y de las joyas del regio tesoro los bandidos, por una parte, olvidáronse presto de su cautiva, y por otra riñendo como de costumbre por la reparticion del botin, favorecieron ellos mismos la evasion de Margarita y de su hijo. Pocos pasos habia Margarita caminado, sin embargo, cuando sus ilusiones de libertad fueron cruelmente disipadas por la aparicion inesperada de uno de los bandidos mismos de quienes iba huyendo. Ni la fuga ni la resistencia eran posibles — ¿Qué hacer? — Obedeciendo Margarita entonces á una de las generosas inspiraciones que tan frecuentes fueron en ella, tomó en los brazos á su hijo y acercándose al salteador, púsole en las manos diciéndole resuelta: — « Salva al hijo de tu Rey! » — Conmovido, turbado, incapaz de resistencia el bandido, prometió y cumplió, sirviendo de guia á la Reina, sacándola de la selva, y conduciéndola hasta la orilla del mar, donde se embarcó Margarita con rumbo á Flandes, para pasar desde allí á la corte del Rey su padre.

Menos feliz el desdichado Enrique, después de pasar un año oculto en el condado de Lancáster, cayó al cabo, como solia, en manos de sus enemigos, y fué de órden de Eduardo puesto en prision en la Torre de Londres. Enrique al parecer era como particular un hombre virtuoso, de buen carácter, honrado, compasivo, cándidamente recto: pero sin energía de ninguna especie, y aun á veces atacado de enagenacion mental, funesta herencia sin duda de su abuelo materno Carlos VI de Francia. Poco faltó para canonizarle, cuando le tocó su vez de ser vencida á la dinastía de York: mas lo cierto es que los historiadores en vez de llamarle *Buen Rey*, debieron de llamarle *Buen Hombre*; que de ahí positivamente no pasaba.

Al parecer la lucha entre las dos Rosas habíase definitivamente terminado, pues que el Rey lancasteriano estaba preso; emigrada y oscurecida la Reina; impotente como un niño el Príncipe de Gales; y segadas por la cuchilla del verdugo las cabezas de los mas altos é intransigentes enemigos de la casa de York. Mas quedábale á Eduardo que ajustar cuentas con el *Hacedor de Reyes*, el terrible Conde de Warwick, á quien ofendió el impetuoso Monarca, viendo en consecuencia puestos de nuevo en duda inmediatamente sus derechos. — Fué el caso que mientras el Conde, su

Embajador en Francia, solicitaba y obtenia la mano de la Princesa *Bonne de Savoia*, cuñada de Luis XI, para el Rey de Inglaterra, este prendándose de Isabel de Woodville, viuda jóven y hermosa, pero hija de un simple caballero, casó con ella. No se contentó sin embargo con afrentar y comprometer así á su Embajador; Eduardo ofendió personalmente además al hombre, intentando seducir, sin perjuicio de su amor á Isabel, que para aquel Monarca no eran incompatibles dos galanteos; intentando seducir, decíamos, una sobrina, ó segun otros autores á la hermana misma de Warwick. Seis años sin embargo tardó todavía en declararse el rompimiento, no se sabe á punto hijo con qué pretexto, entre el Soberano y su General: pero estalló al cabo, y como no tenemos la pretension de aclarar los misterios, á juicio de los mas de los historiadores impenetrables, de aquella época de las guerras civiles de Inglaterra: aceptando los hechos como los encontramos, y renunciando á explicarlos, iremos derechos al desenlace de nuestro drama. Warwick, una vez ofendido, ocupóse exclusivamente en reclutar parciales, en preparar elementos para vengarse. Diestro, elocuente, de franco carácter, liberal é inmensamente rico, vióse pronto rodeado de amigos, entre los cuales debemos en primera línea contar al Duque de Clarence, hermano del Rey Eduardo, y yerno del Conde ya casi faccioso. Este no obstante, amenazada tal vez su vida por alguna conspiracion palaciega, y no pudiendo por el momento promover en Inglaterra una revolucion á mano armada, hubo de emigrar á Francia, donde el Rey Luis XI, cuya política consistia principalmente en sembrar la discordia entre sus vecinos, no solo le acogió con la mas señalada distincion, sino, lo que es mas extraño, con tal arte se condujo, que supo reconciliar á Margarita de Anjou, con aquel Conde mismo, hasta entonces el mas implacable enemigo de la casa de Lancáster.

Pactóse en aquella monstruosa alianza, fruto de la Necesidad que para los partidos suele servir de moral criterio, que Warwick, declarándose por Enrique VI, procuraria su libertad y restauracion, conseguidas las cuales, gobernarían el reino el mismo Conde y el Duque de Clarence. Ajustóse además el enlace del Príncipe de Gales con Ana, hija segunda de Warwick; y se convino que á falta de la descendencia de estos, pasara la